

RELACIONES INTERNACIONALES Y GUERRAS COLONIALES: EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE LAS INDEPENDENCIAS AMERICANAS

International Relations and Colonial Wars: The International Context of American Independences

Anthony McFarlane

Universidad de Warwick (Reino Unido)

Resumen

En este artículo se analiza el contexto de las relaciones internacionales desde finales del siglo XVIII y la influencia que tuvieron con los procesos independentistas en América, especialmente en el ámbito portugués y español. Los conflictos internacionales fueron esenciales para comprender las independencias y jugaron un papel decisivo en los procesos de emancipación a nivel político.

Palabras clave: Conflictos internacionales siglo XVIII, independencia americana, imperio español, imperio portugués, guerras coloniales

Abstract

This article analyzes the context of international relations since the end of the eighteenth century and the effect on the nature of independence movements in America, especially in the Portuguese and Spanish area. International conflicts were essential to understanding the independence and the decisive role they played in the political emancipation.

Key words: International Conflicts Eighteenth Century, American Independence, Spanish Empire, Portuguese Empire, Colonial Wars

La historiografía de las independencias hispanoamericanas ha cambiado decisivamente en los años recientes. Los revisionistas sostienen que los orígenes de la independencia se hallan en las repercusiones de la crisis que destruyó de raíz la unidad de la monarquía en 1808, más que en la existencia de algún deseo o plan

de independencia entre los americanos. Inicialmente inspirada por los trabajos de François-Xavier Guerra, esta interpretación rechaza la noción de que el imperialismo borbónico hubiera engendrado criptonacionalismos criollos que rápidamente se volvieran contra la monarquía al colapsar su centro. Esto, según Guerra, es un constructo teleológico insostenible porque toma el punto de llegada de las revoluciones hispanoamericanas como su punto de partida, y porque al buscar precursores de la independencia cae en la falacia *post hoc, ergo propter hoc*.¹

Como resultado de este cambio de perspectiva, ha resurgido el interés por lo contingente y se ha otorgado una renovada importancia a las ramificaciones políticas internas de la crisis. Todo bien. Pero como se ha sugerido recientemente, esta renovación historiográfica puede haber ocasionado que se perdiera de vista la dimensión internacional de las independencias latinoamericanas.² Así pues, en esta conferencia quisiera volver a discutir la cuestión del contexto internacional de la crisis hispana. Mi principal pregunta es sencilla: ¿qué significado debemos atribuir al contexto internacional en el análisis de la caída de la monarquía española y la emergencia de las nuevas repúblicas hispanoamericanas?

Comenzaré con una observación aparentemente obvia, pero que aún así merece ser subrayada: antes de las revoluciones hispanoamericanas, las rebeliones que condujeron a la independencia de otras partes del mundo americano fueron fuertemente influenciadas por los conflictos entre las principales potencias del mundo atlántico europeo. Esto no es sorprendente, dado que desde 1740 las guerras en Europa tendieron a expandirse a ultramar. La Guerra de la oreja de Jenkins (1739-48) abarcó enfrentamientos en Europa, pero para España y Gran Bretaña tuvo una importante dimensión americana derivada de la competencia por el comercio. Este enfrentamiento fue seguido por la Guerra de los Siete Años (1756-63), un conflicto bélico que tuvo consecuencias muy significativas en el mundo atlántico. La Paz de París causó una reorganización geoestratégica de enormes repercusiones: Gran Bretaña obtuvo Canadá, aumentando el rencor francés en el proceso. Esto por su parte condujo a reformas de índole defensivo que estimularon la rebelión en las colonias británicas de América, en donde los sujetos de la Corona se opusieron a los medios que Londres empleaba para avanzar su estrategia de expansión: es decir, las alzas de impuestos y los intentos por reforzar el control político sobre las colonias. Esta agitación interna supuso una oportunidad de venganza para la monarquía francesa que, junto con España, intervino en la guerra generada por la rebelión norteamericana. En efecto, la marina francesa jugó un papel crucial en el éxito militar de la rebelión americana que, de no haber sido por la ayuda francesa, probablemente habría sido derrotada.³

Al igual que la revolución americana, el siguiente gran trastorno revolucionario ocurrido en América —el de Haití— debe ser entendido dentro de un contexto geopolítico más amplio, en el que los principales poderes luchaban por controlar el espacio territorial americano, reafirmar su soberanía y controlar los flujos

¹ François-Xavier Guerra, “Lógicas y ritmos de las revoluciones hispánicas,” en François-Xavier Guerra ed., *Revoluciones hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*, (Madrid: Editorial Complutense, 1995).

² Rafe Blaufarb, “The Western Question: The Geopolitics of Latin American Independence”, *American Historical Review* 112, no. 3 (2007): 742-63. Para retomar el debate historiográfico sobre el contexto internacional en que tuvo lugar la independencia latinoamericana, un resumen excelente es el ensayo de David Waddell, ‘International Politics and Latin American Independence’, en *Cambridge History of Latin America*, Ed. Leslie Bethell 3 (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), 197-228.

³ Piers Mackesy, *The War for America, 1775-1783* (Cambridge: Harvard University Press, 1965).

comerciales atlánticos. La revolución en Saint Domingue fue una consecuencia no deseada de la revolución en la metrópolis. Así, mientras los distintos grupos sociales trataban de aprovechar la agitación política en Francia para sus propios intereses, sus rebeliones entrelazadas —en las cuales los ‘petits blancs’ (blancos pobres) y los mulatos buscaron alcanzar distintos objetivos entablando alianzas entre sí y también con los esclavos— condujeron a guerras intestinas que debilitaron al gobierno francés. Pero la revolución haitiana también debió mucho a la participación extranjera. La intervención española y británica de 1793 proporcionó apoyo a líderes rebeldes como Toussaint L’Ouverture, si bien éstos rechazaron a los aliados internacionales una vez que su compromiso con el restablecimiento de la esclavitud se hizo evidente. Los soldados españoles debilitaron la economía azucarera en el norte de la isla, asaltando las plantaciones y exportando su material y sus esclavos hasta que en 1795, año en que la totalidad de la isla pasó a ser territorio francés, fueron obligados a retirarse de Saint Domingue. Los comandantes británicos también fueron forzados a abandonar la isla sin haber conseguido sus objetivos de anexión permanente; sin embargo, la ocupación sí jugó un papel significativo previniendo que los franceses restablecieran el status quo. Cuando se retiraron los británicos, Francia se propuso reconstruir la colonia: Toussaint se impuso por algunos años, pero cuando la Paz de Amiens puso fin al conflicto internacional, Napoleón intentó tomar ventaja de la situación. Su plan consistía en reinstaurar la esclavitud y convertir Saint Domingue en el núcleo de un restaurado imperio francés en América que abarcaría las Floridas, Luisiana, la Guyana francesa y las Antillas francesas. No lo consiguió, por razones internas y externas. En primer lugar, la resistencia armada haitiana y las enfermedades frenaron al ejército invasor francés mandado por el General Leclerc; en segundo lugar, el reinicio de la guerra entre Francia y Gran Bretaña en el Caribe en 1803 ayudó a garantizar que las fuerzas francesas sucumbieran ante sus enemigos haitianos.⁴

Si bien la aparición del estado independiente de Haití fue en última instancia el logro del liderazgo mulato y negro que luchó contra Francia y puso fin a la esclavitud, su creación probablemente habría sido imposible sin la intervención de gobiernos extranjeros resueltos a debilitar a Francia. Ni España, ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos deseaban ver un estado independiente construido por esclavos libres: sus objetivos eran o la anexión o la contención. No obstante, es cierto que habían contribuido a la creación de una situación revolucionaria en Saint Domingue y que, en el caso de los británicos, deseaban que los revolucionarios negros consiguieran el poder para perjudicar a Francia.

¿Y qué decir del siguiente gran ciclo de agitación política en las Américas? ¿Qué papel jugaron los conflictos internacionales en el colapso de las monarquías portuguesa y española y su posterior remplazo por estados independientes? Aquí resulta útil distinguir entre el papel jugado por los conflictos internacionales en precipitar las crisis de los imperios ibéricos en 1807-08, y el papel jugado por las potencias extranjeras en el desenlace de dichas crisis en años posteriores.

La crisis de los imperios ibéricos fue, en su inicio, esencialmente una crisis internacional resultado de la guerra entre adversarios europeos. Tras fracasar las ambiciones de Napoleón de expandir la hegemonía

⁴ David Geggus, *Slavery, War and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798* (Oxford: Oxford University Press, 1982).

política francesas en el Caribe, éstas fueron redirigidas en contra de sus vecinos europeos. En 1807, Napoleón invadió Portugal para perjudicar a Gran Bretaña al cubrir uno de los huecos existentes en su ‘Sistema Continental’, diseñado para excluir de Europa al comercio británico. En 1808, el emperador siguió su ocupación de Portugal con la intervención militar en la monarquía española, la captura de los reyes borbones y la usurpación del trono español. Estos hechos desencadenaron crisis tanto en la monarquía portuguesa como en la española, pero sus efectos sobre la estabilidad de sus respectivos imperios fueron dispares.

En el caso de Portugal, la intervención francesa transformó la forma del imperio portugués. Antes de la llegada del ejército francés a Lisboa, el monarca decidió evacuar su capital junto con la corte y fugarse a través del Atlántico a Brasil. Su principal aliado, Gran Bretaña, jugó un papel decisivo en esta asombrosa decisión. Deseoso por sostener su comercio con Brasil, el gobierno británico alentó al regente Don João a preservar su soberanía sobre Brasil bajo la protección de su antiguo aliado británico antes que intentar mantener su soberanía sobre Portugal a la sombra de una alianza con Francia. Para los ingleses, el traslado de los Braganza a la América portuguesa fue simplemente otra maniobra de la guerra contra Napoleón: Gran Bretaña aportó un convoy de su armada para escoltar a la corte portuguesa hasta Río de Janeiro; luego, reconoció a Río como la nueva capital del imperio portugués, envió allí a su embajador, junto con una flotilla de la armada para proteger el territorio y comercio brasileños. De este modo, Gran Bretaña en efecto sostuvo a un aliado europeo con el cual había establecido una importante alianza económica y evitó que Francia se hiciera con los recursos de Brasil. El monarca portugués perdió su asiento en Portugal pero conservó intacta la parte clave de su imperio al mudar la capital de Europa a América y convertir a Brasil en un reino igual a Portugal.

En España las consecuencias de la intervención francesa fueron muy distintas. En este caso, la familia real no logró escapar de las manos de Napoleón y su secuestro tuvo repercusiones muy desestabilizadoras a través del imperio español. Esto no fue previsto por Napoleón quien, al poner a su hermano José en el trono de España, buscaba colocar a la totalidad del imperio español bajo su control. Nunca pensó en provocar o apoyar la independencia de Hispanoamérica; al contrario, buscaba compensar la pérdida de las colonias franco-americanas mediante la ambiciosa maniobra de tomar el trono de España y restablecer la influencia francesa en América mediante el sistema de gobierno existente.⁵

Pero la intervención directa de Napoleón en España no tuvo las consecuencias deseadas. Se desató una guerra internacional en España, y sus repercusiones a través del imperio impidieron la extensión de la influencia francesa en América. En primer lugar, el rechazo de los españoles al rey francés abrió un espacio para continuar la guerra anglo-francesa en la Península ibérica y precipitó una revolución política en el centro del imperio. La resistencia a los franceses y la defensa de los derechos de Fernando VII, ahora ‘el deseado’, generó en 1808 el surgimiento de una ola de nuevas entidades políticas por toda España, cuando, ante la ausencia de un rey legítimo, distintas juntas asumieron las funciones de gobierno en nombre del pueblo. La resistencia española ocasionó también la intervención inglesa en la guerra peninsular: el general Wellington

⁵ William Spence Robertson, *France and Latin American Independence* (New York: Octagon Books, 1967), 42-64.

se estableció primero en Portugal y de allí organizó con sus aliados españoles la guerra anti-francesa en España.

En torno a esta extraordinaria coyuntura de guerra internacional y crisis imperial se desarrolló el otro ciclo de guerras americanas. A comienzos de 1810, los franceses habían derrotado a los ejércitos españoles y al llegar a Cádiz pusieron en jaque al gobierno de la Junta Central. En ese momento de gran urgencia, la Junta nombró un Consejo de Regencia al que traspasó su autoridad para tomar las medidas necesarias para salvar a la patria. Pero los regentes no pudieron evitar una ruptura sísmica en el sistema de gobierno de la monarquía. En América, los vecinos principales de varias ciudades, al recibir las noticias de las derrotas militares y cambios políticos en la metrópoli, optaron por romper con la nueva autoridad metropolitana. En vez de reconocer a la Regencia, reaccionaron como las juntas españolas de 1808, reivindicando su derecho a recibir la soberanía en depósito durante la ausencia del rey legítimo, y justificando el establecimiento de nuevos gobiernos como la única forma de evitar ser dominados por los franceses.

En la mayor parte de las capitales de Sudamérica, tuvo lugar una transición desde las autoridades regias a los nuevos gobiernos, normalmente sin derramamiento de sangre. Pero dicha situación pronto desencadenó conflictos en torno a qué debía remplazar al antiguo régimen lo que dio origen a una serie de guerras intestinas. Por un lado, los nuevos gobiernos tuvieron que hacer frente a la oposición de quienes preferían permanecer integrados a la monarquía española bajo el control del Consejo de la Regencia en Cádiz; por otro lado, regiones tales como la Nueva Granada o Venezuela se fragmentaron en múltiples gobiernos provinciales, cada uno de los cuales afirmaba ser una entidad soberana.

Estas divisiones políticas condujeron a la guerra. Entre 1810 y 1815, varias regiones de Hispanoamérica se vieron envueltas en guerras civiles, libradas para determinar qué forma de gobierno debía suceder a las autoridades regias. En el transcurso de estas guerras, la vida política se fue polarizando y los movimientos para conseguir autonomía dentro del imperio se transformaron en movimientos que exigían la secesión del mismo. Así, mientras Francia luchaba contra las otras potencias europeas en la etapa final de las guerras originadas por la revolución francesa, España entró en lucha contra sus propios súbditos en varias regiones americanas. Durante el siglo XVIII, los Borbones habían invertido mucho en mejorar las defensas americanas contra los asaltos de sus enemigos externos, especialmente los de Gran Bretaña, su enemigo principal. Pero después de 1808, estos preparativos resultaron inútiles, dado que el corolario de las guerras internacionales de España fueron las guerras civiles en Hispanoamérica. Sin la intervención militar de enemigos externos, los dominios españoles se convirtieron en teatros de guerra donde los rivales políticos empleaban medios militares para competir por el poder.

Esa ruptura en la monarquía española creó posibilidades novedosas. La crisis de España no sólo ofreció a sus rivales oportunidades para intervenir directamente en Hispanoamérica, controlando el comercio y distintos territorios o fomentando la independencia de las colonias. También abrió la posibilidad de aumentar el concierto de las naciones, dominado por Europa, con un nuevo grupo de estados independientes contruidos entre las ruinas del viejo imperio español. Es decir, la coyuntura dio pie a un acoplamiento de guerras internacionales e intestinas que resultaría en la caída del imperio español y en una gran

reconfiguración del sistema internacional. Pero, de hecho, cuando pasamos a examinar las interacciones entre los conflictos internacionales y las guerras del mundo hispano, encontramos una situación compleja que, al final, contribuyó a prolongar la existencia del imperio español en vez de favorecer la independencia de los rebeldes americanos. Para cuando Napoleón fue derrotado definitivamente en 1815, los intentos de establecer gobiernos independientes en Hispanoamérica habían sido en su mayoría aplastados, y la restauración de Fernando VII en el trono español allanó el camino para el restablecimiento del antiguo régimen en casi todo el imperio a ambos lados del Atlántico. Tendría que transcurrir otra década para que las repúblicas independientes se establecieran con solidez.

Hay varias explicaciones para tal circunstancia. Una, emanada de los escritos de Bolívar e incrustada en las *historias patrias* es que los nuevos gobiernos fueron políticamente ingenuos e ineptos: distraídos por su fascinación con el federalismo, generaron experimentos políticos que fracasaron en sus intentos por obtener apoyo popular o proveer adecuadas defensas militares. Otra explicación es que los americanos no estaban lo suficientemente comprometidos con la causa de la independencia. El argumento aquí es doble. Primero, que las juntas autónomas y los estados aparecidos en 1810 se toparon con una oposición sustancial entre aquellos que seguían comprometidos con la idea de la monarquía. En segundo lugar, que incluso entre aquellos criollos que sí rompieron con el gobierno realista, el objetivo político no era necesariamente la secesión del imperio o la creación de repúblicas completamente independientes. Para algunos, por lo menos, la autonomía dentro del imperio era un objetivo suficiente.

Una tercera explicación, relacionada con esta última, es que aunque sí hubo insurgentes dedicados a conseguir la independencia, a éstos les faltaron las fuerzas militares necesarias para alcanzar sus objetivos y fueron derrotados por la fuerza de las armas. Esto no tendría nada que ver con la capacidad española de enviar fuerzas al otro lado del Atlántico para sofocar la rebelión, ya que España estaba profundamente atrapada en la guerra en su propia casa. La Regencia, sin embargo, pudo contar con la movilización militar americana organizada en su nombre por las autoridades realistas, las cuales utilizaron recursos locales para luchar contra los “insurgentes”. Los ejemplos más obvios de esto lo constituyen México, en donde los ejércitos realistas derrotaron a una extendida insurgencia, y Venezuela, en donde tanto la primera como la segunda repúblicas fueron derrocadas por las fuerzas armadas de la oposición realista.

Si bien la denuncia bolivariana del federalismo hoy en día es considerada excesivamente simplista, la verdad es que su razonamiento sobre la desunión y la incapacidad de reconocer las prioridades políticas sí tiene cierta verosimilitud. Las nuevas investigaciones sobre la Nueva Granada refuerzan la idea de que las múltiples afirmaciones de soberanía impidieron la creación de gobiernos capaces de lograr la independencia, porque estaban tan centrados en reafirmar su soberanía que se concentraron en establecer relaciones entre ellos mismos en lugar de buscar aliados externos que pudieran dotarles de apoyo político y militar contra España.⁶

⁶ Armando Martínez Garnica, *El legado de la Patria Boba* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1998); Daniel Gutiérrez Ardila, *Un Reino Nuevo. Geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada (1808–1816)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2010).

Sin embargo, si debemos aceptar que los conflictos internos de las sociedades americanas impidieron la transición a la independencia, tenemos que reconocer también la importancia de la correspondencia entre las guerras coloniales y las relaciones internacionales. Es notable que, a pesar de que la crisis de la monarquía hispánica fue desencadenada por la guerra entre las principales potencias europeas, y a pesar también de que la agitación política en las colonias americanas se vio acompañada de una continuada guerra internacional, dicha guerra no interactuó con las guerras hispanoamericanas de forma tal que hiciera progresar la causa de la independencia. ¿Por qué este contraste con Norteamérica y Haití, en donde la intervención militar de los poderes europeos había exacerbado la agitación política en las colonias rebeldes, ayudando a los protagonistas de la independencia a conseguir sus objetivos?

El contexto internacional de 1810-15 simplemente no favorecía la consolidación de estados independientes en Hispanoamérica, porque ninguna de las principales potencias en las Américas deseaba promover la fractura del imperio español. En las rebeliones de Norteamérica y Haití, la crisis del dominio colonial se incrementó cuando se vio inmersa en el conflicto entre los poderes. En Norteamérica, los franceses intervinieron más como enemigos de Inglaterra que como aliados de los colonos; en Haití, España y Gran Bretaña intervinieron para minar el poder colonial de Francia. Sin embargo, en Hispanoamérica, las principales potencias mostraron poco interés en extender sus guerras con una intervención militar directa al otro lado del Atlántico. Por lo tanto, y aunque la rebelión hispanoamericana inicialmente fue desencadenada por la guerra internacional en Europa, no fue reforzada por la formación de alianzas externas ni por la intervención de fuerzas militares extranjeras.

Las razones son bastante claras. En primer lugar, a Francia le faltaba la capacidad de intervenir directamente en Hispanoamérica. Napoleón había planeado anexionar los territorios hispanoamericanos mediante su golpe en España, invitando a los hispanoamericanos a disfrutar de una mayor participación política en un imperio reformado bajo dominio francés. Cuando esta intención se vio frustrada por la creciente oposición a los franceses a ambos lados del Atlántico hispano, Napoleón reformuló su estrategia política; para minar a sus oponentes en España y contrarrestar la diseminación de la influencia inglesa en Hispanoamérica, decidió fomentar la independencia. Envío agentes a varias regiones e intentó interesar a los Estados Unidos en un proyecto compartido para impulsar las rebeliones. Pero logró poco. Los Estados Unidos no quisieron participar, pese a las simpatías republicanas y su deseo de tener un aliado contra Inglaterra. Los contactos directos con los hispanoamericanos independentistas tampoco prosperaron. Los comisionados de la república de Venezuela casi consiguieron su reconocimiento en las negociaciones con el embajador francés en los Estados Unidos, pero éste no fue ratificado: el colapso de la república venezolana en 1812 y los reveses militares de Francia en Europa hicieron que las cuestiones hispanoamericanas fueran postergadas. El ministro de guerra francés informó a su gobierno que Francia no contaba ni con un plan alternativo para intervenir militarmente en América, ni los recursos para ello.⁷

Mientras Francia era incapaz de intervenir diplomática o militarmente en Hispanoamérica, Gran Bretaña se rehusó a hacerlo. A primera vista, parece extraño: Inglaterra tenía un largo historial intentando

⁷ William Spence Robertson, *France and Latin American Independence* (New York: Octagon Books, 1967), 72-103.

adentrarse en el territorio y comercio españoles en América. Éste había comenzado desde el siglo XVI haciéndose progresivamente más intenso en la segunda mitad del siglo XVIII.⁸ Durante las guerras contra Francia y España que comenzaron en 1796, varios gabinetes ingleses cultivaron proyectos para adquirir comercio con y dominio sobre Hispanoamérica. La toma de la isla de Trinidad en 1797 dio a Gran Bretaña una posición estratégica en la Costa Firme, y en 1806 los ministros dieron su apoyo tácito a la expedición con que el revolucionario Francisco de Miranda planeaba levantar a los americanos en Venezuela y crear una revolución de independencia apoyado por el poder marítimo británico. En 1806-7, los ingleses también intentaron tomar las ciudades de Buenos Aires y Montevideo y, pese al fracaso de sus fuerzas, volvieron a pensar en una expedición militar contra la América española en 1808, probablemente dirigida al Río de la Plata.⁹ Pero en 1808, con el estallido de la guerra contra la ocupación francesa de España, la política del gobierno británico experimentó un viraje total. Gran Bretaña, pasó de ser un enemigo mayor, a convertirse en aliado principal.

La transformación británica de predador a protector tuvo consecuencias muy importantes en Hispanoamérica. Un caso que lo muestra muy claramente es el del Río de la Plata, una región donde Portugal y Gran Bretaña tenían ambiciones territoriales y donde buscaban oportunidades para seguir la guerra contra España. Es un caso complicado porque se mezclaban las maniobras de grupos con distintas ambiciones en un contexto internacional inestable. Sin embargo, demuestra de manera clarísima las repercusiones de las guerras internacionales en estimular y estorbar los movimientos hispanoamericanos de independencia.

En primer lugar, el gran giro del imperio portugués abrió nuevas posibilidades para atacar el poder español en América. En 1807, el exilio del trono portugués en Río de Janeiro convirtió a Brasil en el nuevo centro de su imperio. Poco tiempo después, el príncipe Dom João (quien desempeñaba el papel del regente en lugar de su madre) buscó junto con su aliado británico medios para extender su poderío en Sudamérica. La ambición inmediata fue la de extender las fronteras del Reino de Brasil en la región de la Banda Oriental hasta las orillas del estuario rioplatense. La idea era aprovechar la alianza inglesa, dado que los ingleses también pretendían establecerse en la región. En 1806-7, estos últimos habían intentado tomar a Buenos Aires y Montevideo, y aunque sus fuerzas fallaron, seguían pensando en la región como punto vulnerable del imperio español. Habían aprendido, además, que en vez de tratar de convertir a las colonias españolas en colonias inglesas, era más prudente estimular a sus habitantes a independizarse de España y entablar relaciones comerciales con Gran Bretaña.

En este contexto surgieron proyectos portugueses e ingleses para minar el régimen español en Río de la Plata. Al finales de 1807 y comienzos de 1808, el ministro británico de relaciones exteriores, Lord Castlereagh, recomendó al gabinete que Inglaterra interviniese en el Río de la Plata para proteger a su aliado en Brasil y sugirió que se organizaran operaciones armadas para estimular la subversión americana contra España. Quería instar la independencia en el Río de la Plata, bajo una nueva monarquía constitucional si fuera posible. Mientras tanto, los portugueses intentaron explotar los rumores de una invasión británica inminente para intimidar a las autoridades en Buenos Aires. En marzo de 1808, Rodrigo de Sousa Coutinho, el ministro

⁸ Anthony McFarlane, *El Reino Unido y América: La época colonial* (Madrid: Mapfre, 1992), 1-43; 205-30.

⁹ John Lynch, "British Policy and Spanish America, 1763-1808" *Journal of Latin American Studies* 1 (1969): 1-30.

portugués de relaciones exteriores, informó al cabildo de Buenos Aires que debía aceptar la “protección” de Portugal para evitar un asalto inglés.¹⁰ Luego, Sousa Coutinho persuadió a la infanta Carlota Joaquina (la esposa de Dom Joao y la hermana de Fernando VII) a presentarse ante el cabildo porteño como sustituta legítima de su hermano en el rol de Regente del Virreinato de la Plata, un plan que brevemente suscitó algún apoyo entre los oidores y otros notables de Buenos Aires, quienes pensaron que la alianza portuguesa podría servir para evitar un ataque británico.¹¹

Así comenzaron dos proyectos para separar el Río de la Plata del mando español: de un lado, el plan de enviar una expedición militar británica a Buenos Aires para provocar un movimiento independentista; del otro, el esquema portugués para desvincular la región de España mediante la intervención de la princesa Carlota como regente controlada por la corte de Portugal. En mayo de 1808, los dos proyectos estuvieron a punto de juntarse después de la llegada a aguas brasileñas del almirante Sir Sidney Smith al mando de una flotilla británica: su misión era proteger el comercio británico, pero no dudó en promover un plan para colaborar en una expedición portuguesa buscando hacerse con territorio español en el Río de la Plata.¹²

Pero la expansión de la guerra europea directamente al territorio hispanoamericano en la forma de una intervención militar desapareció en los meses siguientes, cuando llegaron las noticias del gran trastorno político en España. La caída de los Borbones, la usurpación del trono por Napoleón y el estallido de la guerra en la Península persuadieron a Portugal y a Gran Bretaña de que podían conseguir sus objetivos por otros métodos.

Los portugueses redoblaron sus esfuerzos para establecer una regencia borbónica en Hispanoamérica: la princesa Carlota y su primo Don Pedro Carlos proclamaron su solidaridad con los Borbones españoles y ofrecieron defender sus derechos. Gradualmente, Doña Carlota emergió como la candidata favorecida para una regencia americana.¹³ El regente Dom João odiaba a su mujer, la infanta, pero estuvo de acuerdo en su candidatura: entendió que si ella llegaba a ser regente del Río de la Plata, o incluso mejor regente de España, su propio poder aumentaría. Soñaba, además, con que el proyecto pudiera resultar en la unificación de las dos monarquías ibéricas en manos de una dinastía Braganza-Borbón.

El proyecto carlotista ganó pocos afiliados entre las autoridades regias en Buenos Aires y en Madrid. El virrey Liniers no ofreció ayuda alguna a la infanta, y la Junta Central rechazó la idea de una regencia borbónica porque, decía, la princesa se había lanzado sin consultar al gobierno en España. Por otro lado, la posibilidad de esa intervención externa tuvo un impacto directo en Buenos Aires donde incentivó a los porteños interesados en la independencia pensar que podían manipular a los portugueses e ingleses para alcanzar su propia meta. En Río de Janeiro, el exiliado rioplatense Saturnino Rodríguez Peña (refugiado allí porque había colaborado con los ingleses en su segunda invasión de Buenos Aires) abrió canales de

¹⁰ Julián María Rubio, *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América, 1808-1812* (Madrid: Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1920), 8-36.

¹¹ Enrique de Gandía, “La Princesa de Brasil, la diplomacia inglesa, y el Reino de Buenos Aires”, *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 144 (1947): 3-72.

¹² John Street, *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata* (Buenos Aires: Paidós, 1967), 96-110.

¹³ Julián María Rubio, *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América, 1808-1812* (Madrid: Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1920), 42-73.

comunicación entre Carlota y los independentistas, y así permitió que Manuel Belgrano, posteriormente una figura clave de la Buenos Aires independiente, entrara en correspondencia secreta con la infanta para discutir la propuesta de que ella se trasladara a la ciudad y se instalara como regente. Para Belgrano y sus asociados, este plan ofreció la posibilidad de conseguir la independencia con la ayuda portuguesa y británica, mediante la transición hacia una monarquía constitucional independiente.¹⁴ El jefe de la flotilla británica basada en Río apoyó el plan, porque temía que si no intervenía, los franceses podían beneficiarse de un golpe republicano en Buenos Aires. Por esta razón envió a su agente secreto, James Paroissien, a la capital rioplatense en noviembre de 1808 con la finalidad de que actuara como emisario de Carlota y negociara con los independentistas porteños en su nombre.

El intento de crear en el Río de la Plata una regencia portuguesa sostenida por la armada inglesa fracasó porque, mientras se desenvolvía el complot, Carlota se arrepintió de ponerse al lado de un grupo de porteños que quizás ocultaban sus objetivos y, lejos de favorecer una monarquía constitucional, conspiraban para establecer una república.¹⁵ Pero aunque la infanta delató la conspiración de Belgrano y su grupo, no abandonó las intrigas. En 1809-10, volvió a intentar ganar la ayuda de los notables de Buenos Aires a través de contactos hechos por su agente personal, Felipe Contucci, mientras seguía buscando el reconocimiento de España. Luego cambió su táctica; cortó sus comunicaciones con los conspiradores criollos en Buenos Aires e intentó persuadir al embajador español en Río y a los oficiales en Buenos Aires de que su regencia ofrecía el único modo de preservar la soberanía española.¹⁶ No consiguió nada, sin embargo, porque tropezó con la oposición del embajador británico en Río: Lord Strangford persuadió al gobierno portugués de poner freno a sus ambiciones en el Río de la Plata y eliminar las esperanzas de Doña Carlota. Asimismo, aconsejó al gabinete inglés que esperara el resultado de los eventos en España y siguiera la guerra contra Francia poniéndose del lado de la resistencia a Napoleón en la Península.

Tal vez lo más significativo de este episodio de intrigas en el Río de la Plata fue el impacto que tuvo el cambio en la posición británica. A finales de 1807 y comienzos de 1808, Gran Bretaña se preparaba para atacar o subvertir los dominios de España en América; en 1810 se había convertido en el aliado de España y, en vez de acelerar la independencia hispanoamericana, buscaba medios para sostener la integridad del imperio hispano. Este cambio radical en la política británica no sólo afectó al Río de la Plata sino también a los demás sitios donde se establecieron juntas autónomas en 1810. Su impacto se manifestó de forma gradual durante el interregno de Fernando VII y fue algo ambivalente.

Inmediatamente después de recibir las noticias de la rebelión en Hispanoamérica, el gobierno británico optó por una política cautelosa. Cuando llegó la noticia de la revolución de Caracas en 1810, el ministro Lord Harrowby no se sorprendió: en su opinión, esto significaba el arranque de un gran drama que había comenzado antes de lo previsto pero que había estado en preparación por un largo tiempo. Sin

¹⁴ Sobre el *carlotismo* en Buenos Aires, John Street, *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata* (Buenos Aires: Paidós, 1967), 116-25.

¹⁵ R.A. Humphreys, *Liberation in South America, 1806-1827: The Career of James Paroissien* (London: Athlone Press, 1952), 21-36.

¹⁶ Julián María Rubio, *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América, 1808-1812* (Madrid: Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1920), 74-77.

embargo, el ministro no quiso participar en el drama. No sabía cómo terminaría la guerra en Europa y por lo tanto quiso sostener una posición neutral entre España y sus colonias rebeldes. Él y otros ministros ingleses buscaron evitar alinearse con cualquiera de los partidos a ambos lados del Atlántico hasta tener más claro el futuro de la monarquía española. Así, el gabinete inglés prefirió adoptar una posición expectante, sin alentar las expectativas inmediatas de independencia, pero sin descontar tampoco su posibilidad a futuro.¹⁷

Esta posición ambivalente tendió, por un parte, a excitar las esperanzas americanas de autonomía e independencia, porque los hispanoamericanos que establecieron nuevas entidades políticas pensaban que España no podría atacarlas sin el apoyo de Gran Bretaña. Al mismo tiempo, la actitud británica, debilitó la autoridad española al favorecer la expansión del comercio inglés en puertos americanos y así causar la virtual extinción del comercio español en sus propias posesiones. Por otra parte, la alianza anglo-española fue un sustento de gran peso político para la monarquía española porque la intervención militar británica en la Península hizo una contribución esencial a la resistencia armada contra Napoleón y la supervivencia de un gobierno español independiente.

A comienzos del conflicto entre España y sus colonias, las primeras juntas intentaron atraer al gobierno británico a la idea de formar relaciones diplomáticas con ellas y enviaron delegados para negociar al respecto. En 1810, la junta de Caracas despachó una delegación para tratar de persuadir al gobierno de reconocer su rechazo a la Regencia española y comprometerse a proteger el nuevo régimen venezolano contra cualquier agresión de España. Simón Bolívar y sus compañeros Luís López Méndez y Andrés Bello fracasaron. El ministro británico de relaciones exteriores estuvo dispuesto a recibirlos como huéspedes privados pero rechazó su petición para otorgar el reconocimiento oficial. Simón Bolívar volvió a Venezuela, mientras López Méndez y Bello se quedaron en Londres para seguir con las negociaciones o, al menos, adquirir amigos e influencia en los círculos políticos londinenses.¹⁸ Pero lograron muy poco; tal vez lo único positivo que resultó de esa conexión política fue la fundación de una pequeña comunidad de hispanoamericanos en Londres que iba a desarrollar el debate y los proyectos para la independencia futura mediante interacción con liberales españoles y extranjeros simpatizantes.¹⁹

La posición formal de Gran Bretaña no significaba que los ingleses se opusieran totalmente a los independentistas. Había, en realidad, cierta ambigüedad en la ejecución de esta estrategia política en las aguas y puertos americanos. Los ministros en Londres no fueron siempre capaces de controlar el comportamiento de sus funcionarios en el Caribe y de los capitanes de la armada quienes defendían los intereses mercantiles en ultramar. A veces estos oficiales dieron ayuda informal a los patriotas americanos y, en la práctica, la posición de neutralidad formalmente establecida por el gobierno británico fue violada en repetidas ocasiones. Buenos

¹⁷ William Kaufmann, *British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828* (Yale: Yale University Press, 1951), 52-75.

¹⁸ Sobre la recepción de los comisionados en Londres, David A. G. Waddell, *Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia* (Caracas, 1983), 64-72. Este libro hace una contribución fundamental al análisis de la posición británica frente a Caracas y la Nueva Granada, y más tarde la República de Colombia.

¹⁹ Sobre los miembros de este grupo que realizaron tareas periodísticas y propagandísticas en Londres durante los primeros años de la lucha contra España (Servando Teresa de Mier, José María Blanco White, Vicente Rocafuerte, Manuel Moreno, López Méndez, Andrés Bello), véase María Teresa Berruzo León, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830* (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989), 99-128.

Aires, Caracas y Cartagena, por ejemplo, dependieron de los mercaderes ingleses para su comercio, y durante esos años se formaron en Hispanoamérica las primeras comunidades mercantiles de extranjeros, en su mayoría ingleses.

Sin embargo, la neutralidad británica privó a los hispanoamericanos del apoyo extranjero del tipo que, medio siglo antes, los angloamericanos habían gozado en su lucha contra Gran Bretaña. Mientras la guerra entre las potencias europeas dio a los hispanoamericanos la oportunidad de anunciar su independencia, las condiciones de la guerra internacional no les permitieron contar con poderosos aliados externos que les ayudaran a lograrla. Bolívar expresó el argumento con su lucidez característica al editor de periódico jamaicano 'Royal Gazette'. Además de las varias desventajas impuestas por la ignorancia y debilidad de las sociedades creadas por los siglos de dominación española, decía que los hispanoamericanos independientes fueron "abandonados por el mundo entero; ninguna nación extranjera nos había guiado con su sabiduría y experiencia, ni defendido con sus armas, ni protegido con sus recursos." Señaló también la diferencia con los Estados Unidos:

No sucedió lo mismo a la América del Norte durante su lucha de emancipación, aunque poseía sobre nosotros toda suerte de ventajas: las tres más poderosas naciones europeas, dueñas de colonias, la auxiliaron en su independencia; mientras que la Gran Bretaña no ha usado de represalias contra aquella misma España que le había hecho la guerra para privarla de sus colonias. Todos los recursos militares y políticos que nos han negado a nosotros se han dado con profusión a nuestros enemigos... Hasta los mismos triunfos del grande Wellington han sido indirectamente fatales para nosotros, porque el arte de la guerra que los españoles ignoraban lo han aprendido de aquellos heroicos británicos mandados por el ilustre Capitán destinado en un tiempo a libertar la América del Sur.²⁰

Si Bolívar exageró algo, su argumento era razonable. Mientras las autoridades españolas se quejaron de la duplicidad de los ingleses y su tendencia a ayudar a sus comerciantes en el trato con los insurgentes, el balance de la posición inglesa ayudó más a los imperialistas españoles que a los disidentes hispanoamericanos. Primero, la intervención británica en la guerra peninsular contribuyó de forma contundente a la salvación de España como estado independiente. Segundo, al negar a los disidentes ayuda en su lucha armada, minó su capacidad para enfrentarse a España.

La posición británica también fue importante en otro sentido: al influir la política externa de los Estados Unidos hacia Hispanoamérica. Por un lado, como nuevo estado independiente y república, los Estados Unidos parecían un aliado probable para los hispanoamericanos deseosos de remplazar el antiguo régimen. Algunos líderes políticos y una parte del público norteamericano se mostraban inclinados a promover movimientos por la independencia de Hispanoamérica, en parte debido a su larga parcialidad protestante en contra de España, y en parte gracias a un cierto sentido de obligación moral que les impulsaba a apoyar el crecimiento de repúblicas americanas como la suya. Esto, además, venía mezclado con un cierto elemento de interés propio. Durante largo tiempo, los sujetos británicos en las colonias norteamericanas habían dirigido sus envidiosas miradas hacia los territorios españoles al sur y suroeste de la frontera, y, tras la

²⁰ Bolívar al editor de "The Royal Gazette", Kingston, Jamaica, 28 de septiembre de 1815: <http://archivodellibertador.gob.ve/escritos/buscador/spip.php?article1342>.

independencia de los Estados Unidos, las ambiciones expansionistas no hicieron sino crecer, como quedó demostrado por la adquisición de Luisiana en 1803.

Sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos fue reacio a intervenir directamente en Hispanoamérica por tener consideraciones de política exterior más importantes que sus ambiciones territoriales. La más urgente era la guerra con Gran Bretaña entre 1812-15, surgida de la aversión que Gran Bretaña sentía hacia el comercio establecido por los Estados Unidos con Francia, y su expansión hacia las tierras de los aliados indios de Gran Bretaña en Norteamérica. Ésta fue una guerra dura y costosa para los Estados Unidos y absorbió sus energías hasta el fin de las guerras napoleónicas en Europa, y para entonces ya habían sido restaurados tanto la monarquía española como el dominio español sobre una gran parte de Hispanoamérica.²¹

La derrota de los independentistas, desde Caracas hasta Chile, no puede atribuirse sólo a la falta de intervención externa. Bolívar, por ejemplo, reconoció que las causas de su fracaso incluían la turbulencia interna, la desunión de los insurgentes y la falta de adhesión a la independencia entre las masas. Los políticos europeos apoyaron la restauración del régimen español en parte porque las nuevas entidades gubernamentales mostraron muy pocas posibilidades de convertirse en estados estables y duraderos, libres de guerras civiles y capaces de entrar en relaciones diplomáticas viables en el concierto de las naciones. Sin embargo, es evidente que la política de no-intervención, y en particular la neutralidad de Gran Bretaña, contribuyeron a la derrota de los rebeldes. En vista de su tradición de enemistad histórica contra España, es irónico que el papel principal jugado por los británicos en la primera crisis general del mundo hispano fuera el de preservar la integridad de un imperio al que habían envidiado por tan largo tiempo.

Si debemos señalar las características negativas del contexto internacional para explicar el fracaso de la independencia en 1810-15, ¿qué podemos decir de la década después de 1815? ¿Cuál fue la relación entre el contexto internacional y las guerras coloniales que continuaron después de la restauración de Fernando VII?

El contexto fue mucho más hostil a los independentistas hispanoamericanos que antes, porque la derrota de Napoleón había dado pie al surgimiento en Europa de una alianza antagonista al liberalismo y republicanism. De la Cuádruple Alianza formada por Gran Bretaña, Austria, Rusia y Prusia para combatir a Napoleón y restablecer la paz y equilibrio de Europa, surgió la Santa Alianza de Rusia, Austria y Prusia, la cual se dedicó a sostener un sistema de seguridad colectiva entre las monarquías europeas para evitar las guerras internacionales que amenazaban con dañar la estabilidad social de sus estados. En este contexto, emergió una política externa de las grandes potencias continentales que apoyaba la restauración de Fernando VII y defendía la integridad territorial de la monarquía española.

La Gran Bretaña también se adhirió a esta política, pese a las posibilidades de abrir una nueva frontera comercial en Hispanoamérica que ofrecía el apoyo a las independencias. Su ministro de relaciones

²¹ Piero Gleijeses, "The Limits of Sympathy: The United States and the Independence of Spanish America", *Journal of Latin American Studies* 24, No. 3 (1992): 481-505.

exteriores, el vizconde Castlereagh, estuvo convencido de que a la larga sería mucho más importante preservar la estabilidad europea y puso el peso político británico detrás del proyecto de reconstruir los regímenes antiguos y buscar un equilibrio entre las potencias. La opinión pública inglesa, por otra parte, tendía a simpatizar con la idea de la liberación de los hispanoamericanos de lo que se daba en llamar la “tiranía española”, y sus comerciantes y manufactureros persistieron en presionar por expandir su presencia en los mercados americanos.²² Ni la opinión pública ni los intereses económicos modificaron la convicción de Castlereagh sobre cuánto convenía a los intereses del estado británico respetar la soberanía española en América.

Esto tuvo por consecuencia el fortalecimiento de la posición de Fernando VII y debilitó a los insurgentes que seguían luchando en América. La resistencia armada que continuaba en Hispanoamérica recibió cierto flujo de armas, normalmente procedente de las Antillas inglesas, pero no recibió ningún impulso oficial de Gran Bretaña. Al contrario, el tratado anglo-español de 1814 fue diseñado para impedir el envío de hombres, armas y provisiones a los insurgentes de la cuenca del Orinoco y los llanos venezolanos, zonas de fácil acceso marítimo. Además, cuando España insistió en quejarse de que el venezolano López Méndez reclutaba soldados británicos, el gobierno en Londres respondió en 1817 con una nueva ley contra este tipo de reclutamiento. Aunque llegó demasiado tarde como para evitar el traslado trasatlántico de unos 7,000 aventureros ingleses e irlandeses, esta reacción demostró el compromiso formal del estado británico por preservar el status quo en Hispanoamérica. Londres rechazó reconocer a las repúblicas que emergieron en 1819-20 porque prefería extender su comercio por medios informales en vez de desestabilizar al imperio español, evitando así dar pie a intervenciones por parte de las potencias rivales.²³

Francia también optó por defender la integridad de la monarquía española, lo cual era consecuente con su deseo de sostener el principio de legitimidad de las monarquías desplazado por Napoleón y con su rivalidad con Gran Bretaña. La tradicional enemistad con su gran rival y el deseo de participar en el comercio con Hispanoamérica hicieron que Francia apoyara a España para evitar que los mercados hispanoamericanos cayeran en manos de los ingleses. Así pues, Francia no estaba dispuesta a ayudar ni a reconocer los movimientos independentistas en América.

En los años de los primeros congresos de las potencias europeas, que acordaron sostener al monarca español, los Estados Unidos tampoco mostraron entusiasmo por reconocer los movimientos independentistas hispanoamericanos, al menos no hasta que dicha política cuadrara con sus intereses estratégicos. Por un lado, los Estados Unidos querían aprovecharse del debilitamiento del poder español: sus políticos pensaban en ganar territorios en Texas y tal vez a largo plazo lograr la adquisición de Cuba. Pero no pensaban apoyar directamente a los movimientos insurgentes. Todavía temían la oposición británica y, en segundo lugar, dieron prioridad a una meta estratégica más importante: la adquisición del territorio de la Florida. Para los Estados Unidos, la adquisición de la Florida formaba parte esencial de su política de expansión al oeste del

²² José Alberich, “English Attitudes towards the Hispanic World in the Time of Bello, as reflected by the Edinburgh and Quarterly Reviews” en John Lynch (ed), *Andrés Bello: The London Years* (Richmond: Richmond Publishing Company, 1982), 67-81.

²³ William F. Kaufmann, *British Policy and the Independence of Latin America 1804-1828* (Yale: Yale University Press, 1951), 5-103.

Riód Mississippi: sin la Florida, la ciudad de Nueva Orleáns y los territorios alrededor de la desembocadura del gran río eran vulnerables a ser atacados, especialmente por los ingleses. En 1818, los Estados Unidos empezaron a negociar con España sobre la cuestión de Florida y, mientras negociaban, se abstuvieron de dar apoyo a los insurgentes hispanoamericanos.

Sin embargo, al mismo tiempo que mantuvieron esa política de no-intervención en Hispanoamérica, las potencias europeas y los Estados Unidos comenzaron a prepararse para un futuro diferente: es decir, un futuro con estados independientes en por lo menos algunas regiones de Hispanoamérica. El movimiento internacional que llevaba a la adopción de nuevas posiciones diplomáticas se originó en los teatros de guerra americanos entre 1817 y 1821, cuando los avances militares de los independentistas intensificaron la inestabilidad del régimen fernandino. El rey restaurado esperaba imponer una solución militar en las colonias pero no pudo solucionar los graves problemas heredados de las guerras ocurridas durante su interregno. Los independentistas, en cambio, lograron avances importantes. En 1817, San Martín hizo caer al gobierno español en Chile, consolidando su independencia poco después; en 1820-1, ocupó Lima y consiguió que se realizara una declaración de independencia peruana. En 1819, Bolívar conquistó el centro del virreinato de la Nueva Granada y comenzó a construir la república de Colombia.

Las derrotas de las armas españolas en América tuvieron consecuencias en España y llegaron a desestabilizar tanto el gobierno de la monarquía como su posición internacional. Los sucesos americanos precipitaron, en primer lugar, el alzamiento de los liberales españoles de 1820 y el fin, al menos durante el trienio constitucional, del régimen absolutista. La revolución de 1820 trajo consigo un vuelco en la política española hacia América: los liberales comenzaron a negociar con los rebeldes para revitalizar una monarquía constitucional que abarcara a la nación española en ambos lados del Atlántico. La crisis de España tuvo repercusiones profundas en el entorno internacional: obligó a las potencias a repensar su posición ultraconservadora. Mientras los políticos españoles pasaban de la intransigencia a la negociación en América, los estadistas europeos comenzaron a dudar de la viabilidad de la España imperial. Al mismo tiempo, comenzaron a reconocer que el surgimiento de estados independientes era una consecuencia probable, sino es que inevitable, de las luchas políticas entre España y sus posesiones ultramarinas. Consecuentemente, el futuro de Hispanoamérica se convirtió en una cuestión central de la agenda política europea, y las potencias empezaron a reconocer la nueva realidad en los dominios americanos. Entonces, la desintegración del imperio español se convirtió en una suerte de “cuestión occidental”, análoga a la “cuestión oriental” que emergió a finales del siglo XIX a raíz del decaimiento del imperio otomano.²⁴

La evolución de la diplomacia francesa en torno al futuro del imperio español muestra claramente las repercusiones que tuvieron los reveses españoles en las guerras coloniales. Aún antes de la revolución de 1820, los avances de los insurgentes dieron lugar a la posibilidad de que otras potencias, especialmente Gran Bretaña y los Estados Unidos, aprovecharan la oportunidad de adelantar su posición en Hispanoamérica. Por lo tanto, Francia desarrolló una nueva diplomacia en dos dimensiones: primero, buscó formar una gran alianza

²⁴ R. Blaufarb, “The Western Question: The Geopolitics of Latin American Independence”, *Historical Review* 112 (2007): 3-742.

con los Estados Unidos y Rusia para limitar la influencia de Gran Bretaña en Hispanoamérica; en segundo lugar, intentó evitar el colapso descontrolado del imperio español mediante la fundación de monarquías borbónicas independientes en América.

Las señales de esta nueva política francesa resultan visibles sobre todo en la diplomacia de Richelieu durante su tiempo como ministro de relaciones exteriores. En 1817, el ministro indicó a su embajador en Washington que favorecía la idea de crear dos nuevas monarquías en Hispanoamérica encabezadas por príncipes borbones y que esperaba conseguir el acuerdo de España para tal proyecto. A mediados de 1818, propuso reconocer la independencia del Río de la Plata como monarquía constitucional, protegida por España. El mismo año, envió a su agente Le Moyne a Buenos Aires donde fue recibido por Pueyrredón, el Supremo Director del gobierno porteño, quien buscaba aliados contra un esperado ataque español. Esta política subrepticia no llevó a nada, pero el interés en investigar la situación rioplatense es indicativo de una nueva flexibilidad en la política francesa hacia España: demuestra que Francia reconocía la necesidad de prepararse para aceptar una independencia latinoamericana, en caso de que llegara a ser necesaria.²⁵

Es evidente que los problemas domésticos de la monarquía española después de la revolución de 1820 constituyeron la ayuda más significativa para los insurgentes hispanoamericanos. Con el retorno del régimen constitucionalista, la posición política española perdió credibilidad. Tras el nuevo viraje político metropolitano, la crisis colonial entró en su etapa final. Pero la nueva crisis no fue sólo el resultado de los problemas internos. Esos problemas fueron también el resultado de las rivalidades internacionales puesto que las maquinaciones de las potencias ayudaron a reducir las posibilidades que tenía España de solucionar su crisis colonial.

Por un lado, la diplomacia británica rechazó todos los intentos españoles de conseguir ayuda de sus aliados internacionales para suprimir a los insurgentes en América. Al mismo tiempo, la penetración británica en el comercio de Hispanoamérica evitó que España pudiera beneficiarse de los recursos americanos para reconstruir su poderío. Pero Gran Bretaña no fue el único obstáculo internacional a la reconstitución del imperio español. El deseo de los Estados Unidos y de Francia por beneficiarse de los recursos hispanoamericanos implicó que aquellas naciones no tuvieran interés alguno en la restauración permanente o la reconstrucción del imperio español. Así pues, cuando empezaron a cambiar las condiciones políticas internas en Hispanoamérica a raíz de los avances militares y políticos de Bolívar y San Martín, las potencias europeas ya estaban listas para sacar ventaja.

El gobierno de los Estados Unidos hizo la primera jugada. Tan pronto se consiguió el tratado que les dio la soberanía sobre Florida en 1821, los Estados Unidos adoptaron una nueva política, favorable al reconocimiento de las nuevas repúblicas del sur.²⁶ En 1822, el Congreso decretó la financiación de representantes en cinco estados hispanoamericanos –un reconocimiento *de facto* de las nuevas naciones- y, en 1823, el Presidente Monroe hizo su famosa declaración -la llamada doctrina Monroe- que advertía a las

²⁵ William, Spence Robertson, *France and Latin American Independence* (New York: Octagon Books, 1967), 5-140; 9-160.

²⁶ R. Blaufarb, "The Western Question: The Geopolitics of Latin American Independence", *Historical Review* 112 (2007): 750-2.

potencias europeas de la oposición estadounidense ante cualquier intervención externa en el continente americano.

De igual, o tal vez mayor importancia fue una decisión francesa, nacida de su rivalidad con Gran Bretaña. En 1823, Francia intentó reforzar su posición en Hispanoamérica al mandar un ejército en apoyo de Fernando VII en España. Para Gran Bretaña la intervención de ‘los cien mil hijos de San Luis’ resucitó el espectro del dominio francés sobre España y su imperio, mientras que el gesto estadounidense había representado una amenaza a sus planes de lograr la hegemonía económica en la región. Por lo tanto, Gran Bretaña entró finalmente de manera directa en el proceso de desintegración del imperio español al reconocer en 1825 a la república de Colombia, México, y las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Para concluir, debemos reconocer que los ministros de las potencias extranjeras no fueron los únicos actores que participaron en ese gran giro en las relaciones internacionales. El reconocimiento de las repúblicas no fue simplemente un regalo de los poderosos; los insurgentes americanos también jugaron un papel importante en la reformulación de las relaciones internacionales. Sus avances hacia el reconocimiento por parte de las potencias fueron en parte, como hemos anotado, el fruto de sus esfuerzos militares; pero el alcanzar el reconocimiento internacional fue también una obra diplomática y cultural. En Washington, París y Londres, los emisarios de varios gobiernos hispanoamericanos lucharon para conseguir acceso al concierto de las naciones. Después de la restauración de Fernando VII, los insurgentes montaron una nueva campaña diplomática, en la cual los emisarios hispanoamericanos y sus aliados en el exterior lanzaron, en paralelo con la guerra militar contra España, una guerra de palabras dirigida a mejorar su imagen y ganar credibilidad con los gobiernos y la opinión pública extranjeros.²⁷

Un ejemplo sobresaliente de esa diplomacia fue la campaña diplomática y propagandística montada por la República de Colombia tras los triunfos militares de Bolívar y sus iniciativas políticas en los congresos de Angostura y Cúcuta.²⁸ Este caso demuestra cómo, mientras buscaban los medios de fortalecer sus gobiernos con armas y créditos, los emisarios del estado emergente también se dedicaron a mejorar el imagen de sus países por medios culturales, usando la prensa y la publicación de folletos y libros no sólo para justificar su causa sino también para diseminar información y atraer comerciantes, empresarios e inmigrantes. Entraron así en una lucha por internacionalizar las guerras civiles en América y por convencer a los gobiernos extranjeros de la viabilidad de las nuevas repúblicas. Estas actividades constituyeron una dimensión importante de las guerras coloniales, dado que para independizarse los insurgentes no sólo tenían que derrotar a las fuerzas realistas en los teatros militares, sino que también tenían que ganar el reconocimiento de las potencias extranjeras.

A fin de cuentas, los gobiernos de los Estados Unidos y Gran Bretaña llegaron a reconocer los nuevos estados impulsados por la lógica de la competencia entre ellos y las otras potencias, especialmente

²⁷ Sobre esas actividades en Londres, el punto central de aquellos esfuerzos, ver Berrueto León, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1989), capítulos 6-7; 12-13.

²⁸ La diplomacia de la república naciente ha sido esclarecida recientemente por el estudio brillante de Daniel Gutiérrez Ardila, *El reconocimiento de Colombia: Diplomacia y propaganda en la coyuntura de las restauraciones, 1819-1831* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2012).

Francia. Los Estados Unidos querían formar relaciones comerciales con Hispanoamérica antes que Inglaterra llegara a dominar, y su política en 1822-3 contribuyó a convencer a Canning, el ministro británico de relaciones exteriores, que el reconocimiento por Gran Bretaña era inevitable. Temía la posibilidad que los Estados Unidos entraran en relaciones con las otras nuevas repúblicas que podía convertirse en una alianza no sólo contra las monarquías reaccionarias europeas sino también contra Gran Bretaña. Este incentivo fue acentuado por la intervención militar francesa en España en 1823, cuando el ejército francés invadió para restaurar el absolutismo fernandino. El ministro Canning exigió y recibió del embajador francés Polignac la promesa que Francia no iba a intervenir militarmente en Hispanoamérica, pero junto con la opinión pública en Inglaterra, entendió que la alianza entre los Borbones podía influir el futuro hispanoamericano de una manera dañosa a los intereses británicos. Así, Gran Bretaña comenzó a reconocer formalmente las independencias americanas en 1825, en una decisión clave para las nuevas repúblicas.

En conclusión, debemos aceptar que las independencias hispanoamericanas fueron algo más que la suma de sus partes internas: es decir, de las luchas políticas, las guerras entre insurgentes y realistas, y los esfuerzos de los gobiernos españoles por contener y reprimir a sus oponentes políticos en España y América. Las independencias fueron también el producto de procesos internacionales de guerra y paz que en algunos momentos estimularon la rebelión hispanoamericana y en otros la limitaron. Inicialmente, la guerra internacional creó las condiciones para la emergencia de autonomías e independencias en las colonias, al causar el derrumbe de la monarquía en la metrópoli e iniciar una revolución política que atravesó el Atlántico. Pero la guerra contra Napoleón también llevó a una reorganización de las alianzas europeas que aseguró que ni la Gran Bretaña ni los Estados Unidos intervinieran del lado de los independentistas hispanoamericanos durante los primeros años de su lucha por la secesión. La aversión internacional a intervenir directamente en las guerras hispanoamericanas continuó tras el fin de las guerras napoleónicas y la restauración del absolutismo fernandino: en el Congreso de Viena de 1815 y los congresos que le siguieron, las grandes potencias europeas se enfocaron en implantar un nuevo sistema de seguridad colectiva en Europa, encaminado a fortalecer las monarquías para evitar las guerras entre ellas. Pero el intento de reedificar los estados monárquicos y contener los conflictos entre ellos no fue suficiente para garantizar la continuidad del imperio hispanoamericano. Mientras las guerras independentistas desarticulaban el régimen español de la restauración fernandina, hasta llegar a desestabilizar a la España misma en la revolución liberal de 1820, los Estados Unidos y las monarquías europeas comenzaron a repensar su posición sobre el futuro del imperio español y a modificar sus relaciones con los estados hispanoamericanos emergentes. Al mismo tiempo, mientras las guerras coloniales contribuían a cambiar el entorno internacional, los emisarios y exiliados hispanoamericanos en las capitales extranjeras también hicieron su parte a través de las guerras de opinión. Su presencia en las esferas culturales y su participación en las campañas de propaganda contribuyeron a convencer a la opinión pública en la Gran Bretaña y los Estados Unidos de aceptar su entrada al concierto de estados que los había rechazado durante la larga lucha por separarse de la monarquía española. Irónicamente, en las décadas que siguieron, Gran Bretaña y los Estados Unidos iban a concentrar sus esfuerzos empresariales e inversiones de capitales en desarrollar sus propias industrias e infraestructuras internas, dejando a la mayoría de los países hispanoamericanos en la periferia de la emergente economía global.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERICH, José. "English Attitudes towards the Hispanic World in the Time of Bello, as reflected by the Edinburgh and Quarterly Reviews." en John Lynch (ed), *Andrés Bello: The London Years*, Richmond: Richmond Publishing Company, 1982, 67-81.

BERRUEZO León, María Teresa. *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

BLAUFARB, Rafe. "The Western Question: The Geopolitics of Latin American Independence." *American Historical Review* 112, no. 15 (2007): 63-742.

GANDIA, Enrique de. "La Princesa de Brasil, la diplomacia inglesa, y el Reino de Buenos Aires", *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 144, (1947): 9-72.

GEGGUS, David. *Slavery, War and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798*. Oxford: Oxford University Press, 1982.

GLEIJESES, Piero. "The Limits of Sympathy: The United States and the Independence of Spanish America." *Journal of Latin American Studies* 24, no 3. (1992): 481-505.

GUERRA, François-Xavier. "Lógicas y ritmos de las revoluciones hispánicas," en François-Xavier Guerra ed., *Revoluciones hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*, Madrid: Editorial Complutense, 1995.

GUTIÉRREZ Ardila, Daniel. *Un Reino Nuevo. Geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada (1808–1816)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2010.

————— El reconocimiento de Colombia: Diplomacia y propaganda en la coyuntura de las restauraciones, 1819-1831. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2012.

HUMPHREYS, R.A. *Liberation in South America, 1806-1827: The Career of James Paroissien*. London: Athlone Press, 1952.

Anthony McFarlane

KAUFMANN, William. *British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828*. Yale: Yale University Press, 1951.

LYNCH, John. "British Policy and Spanish America, 1763–1808." *Journal of Latin American Studies* 1, (1969): pp. 1–30.

MACKESY, Piers. *The War for America, 1775-1783*. Cambridge: Harvard University Press, 1965.

MARTÍNEZ Garnica, Armando. *El legado de la Patria Boba*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1998.

MCFARLANE, Anthony. *El Reino Unido y América: La época colonial*. Madrid: Mapfre, 1992.

SPENCE Robertson, William. *France and Latin American Independence*. New York: Octagon Books, 1967.

STREET, John. *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata*. Buenos Aires: Paidós, 1967.

RUBIO, Julián María. *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América, 1808-1812*. Madrid: Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1920.

WADDELL, David. "International Politics and Latin American Independence." en *Leslie Bethell, ed., Cambridge History of Latin America* 3 (1985): 197-228.

————— Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia. Caracas: 1983. 64-72.

Bolívar al editor de "The Royal Gazette", Kingston, Jamaica, 28 de septiembre de 1815:
<http://archivodellibertador.gob.ve/escritos/buscador/spip.php?article1342>.